

el Infante, ¿lo será después algún día para el Rey?

EL MARQUÉS.—Os lo juro.

CARLOS.—Y aunque la serpiente de la lisonja enlazase mi corazón sin defensa... aunque mis ojos olvidaran las lágrimas, en otro tiempo derramadas... aunque estos oídos se cerrasen para las súplicas, guardianes intrépidos de su virtud, ¿vendrías tú á infundirme fuerzas, y á recordár á mi genio su gran nombre?

EL MARQUÉS.—¡Sí!

CARLOS.—Y ahora otro ruego. ¡Tutéame! Siempre he envidiado á tus iguales este privilegio de la confianza. Ese tú fraternal me place, y es grato á mi corazón, por su dulce igualdad... Ninguna objeción... Adivino lo que te propones decir... sé que es cosa insignificante para ti... aunque sea mucho para mí, para el hijo del Rey. ¿quieres ser mi hermano?

EL MARQUÉS.—¿Tu hermano?

CARLOS.—Vayamos ahora en busca del Rey. Nada temo ya... Del brazo contigo, desafío á mi siglo. (Vanse los dos.)

ACTO II.

El Palacio Real de Madrid.

ESCENA PRIMERA.

EL REY DON FELIPE, sentado bajo el dosel del trono;
EL DUQUE DE ALBA, lejos del REY y cubierto, y
CARLOS.

CARLOS.—El Estado tiene la preferencia. Carlos cede de buena voluntad al Ministro. Habla en favor de España... yo soy el hijo del Rey. (Se retira haciendo una cortesía.)

DON FELIPE.—¡Quédese el Duque! El Infante puede hablar.

CARLOS. (Volviéndose hacia el Duque de Alba. — Deberé, pues, á vuestra generosidad, oh Duque, el favor de hablar al Rey. Un hijo... seguramente no lo ignoráis... puede muy bien tener secretos en su corazón, que nada importen á un tercero. El Rey quedará vuestro... en este momento sólo al padre me dirijo.)

DON FELIPE.—Aquí está como amigo.

CARLOS.—¿He merecido yo también el mirarlo como mío?

DON FELIPE.—¿Cómo merecerlo?... No me agradan los hijos, que pretenden saber elegirlos mejor que el mismo padre.

CARLOS.—El orgullo caballeresco del Duque de Aiba podrá sufrir esta escena? Tan cierto como existo, que el importuno que, sin ser llamado, intenta interponerse entre el padre y el hijo, y no se avergüenza de ello, y constándole que es inútil su presencia, se obstina en no alejarse, desempeña un papel... ¡por Dios sacio!... que no quisiera para mí.

DON FELIPE. (Que abandona su asiento, y mira al Duque cólerico.)—¡Dejadnos, Duque! (Este se va hacia la puerta principal, por donde ha entrado Carlos. El Rey le indica otra.) No; al gabinete, hasta que yo os llame.

ESCENA II.

EL REY DON FELIPE Y CARLOS.

CARLOS. (Que, en cuanto desaparece el Duque, se adelanta hacia su padre, y se prosterna á sus pies, profundamente conmovido.)—Ahora encuentro de nuevo á mi padre; ahora lo encuentro otra vez, y le agradezco este favor con toda mi alma. ¡Vuestra mano, padre mio!... ¡Oh día feliz!... El placer, que me concede este beso, estaba vedado ha tiempo á vuestro hijo. ¿Por qué, oh padre, me habéis expulsado antes de vuestro corazón? ¿Cuál ha sido mi falta?

DON FELIPE.—Tu corazón, oh Príncipe, desconoce todas esas artes. No las uses, porque no me agradan.

CARLOS.—¡Ah! ¡Ya! Oigo á vuestros cortesanos... ¡Padre mio! No es bueno, ¡por Dios! no es todo bueno lo que dice un sacerdote, ni todo lo que dicen las hechuras de ese sacerdote. No soy perverso, padre mio... el fuego de mis años es mi única maldad; mi crimen, mi juventud. Yo no tengo aviesas inclinaciones, no las tengo verdadera-

mente...; aunque con frecuencia me arrastren pasiones violentas, mi corazón ama el bien...

DON FELIPE.—Tu corazón es bueno, ya lo sé, como lo es tu piegaria.

CARLOS.—¡Ahora ó nunca!... Estamos solos. Las barreras incómodas de la etiqueta, que separaban al hijo del padre, han venido á tierra. ¡Ahora ó nunca! Un dulce rayo de esperanza llega hasta mí, y un presentimiento consolador surge en mi mente... El cielo todo, con sus coros de ángeles, se acerca á mí, y Dios, tres veces sacio, se ríe conmovido contemplando esta escena... ¡Padre mio! ¡Reconciliación! (Cae á sus piés.)

DON FELIPE.—¡Déjame y levántate!

CARLOS.—¡Reconciliación!

DON FELIPE. (Pugnando por desembarazarse de él.)—Imprudente hasta el extremo es ya para mí esta farsa...

CARLOS.—¿Imprudencia temeraria el amor filial?

DON FELIPE.—¿Y lágrimas? ¡Indigno espectáculo!... ¡Quéitate de mi presencia!

CARLOS.—¡Ahora ó nunca!... ¡Reconciliación, padre mio!

DON FELIPE.—¡Apártate de mi vista! Si vinieses cubierto de oprobio de alguna batalla, abriría mis brazos para recibirte en ellos... Así, te rechazo... Sólo una falta vergonzosa puede lavarse en tales fuentes. Quien no se ruboriza de arrepentirse, no dejará jamás de apelar al arrepentimiento.

CARLOS.—¿Quién es él? ¿Cómo este sér, extraño á la humanidad, se ha deslizado entre los hombres?... Las lágrimas son seguramente el testimonio más constante de la humanidad; secos están sus ojos, y no le dió á luz mujer alguna... ¡Oh! Que los vuestros, jamás húmedos por el llanto, derramen, puesto que la ocasión lo exige, alguna lágrima, porque de otro modo, en la hora de la adversidad, las invocaréis en vano.

DON FELIPE.—¿Te propones: acaso, disipar con tus frases artificiosas la duda cruel de tu padre?

CARLOS.—¿Duda? Quiero conocerla; quiero desvanecer esa duda... quiero recuñir con abinco al corazón paternal, estrecharlo, estrecharlo sin descanso, hasta que esa sospecha, aunque sea tan dura y resistente como una roca, lo abandone... ¿Quiénes me han robado el afecto de mi padre? ¿Qué ha ofrecido el monje al padre por su hijo? ¿Qué compensación le allegará el Duque de Alba por una vida, á la que falta el consuelo de un hijo? ¿Queréis cariño?... De este pecho mana una fuente, copiosa y fresca, más que la de los servidores melancólicos y sombríos, que alimenta sólo el oro de Felipe.

DON FELIPE.—;Detente, temerario!... Los hombres, á quienes insultas, son probados servidores de mi elección, dignos de que los honres.

CARLOS.—;Jamás! Digo lo que siento. Lo que hace vuestro Duque de Alba puede hacerlo vuestro hijo Carlos, y más también. ¿Qué preocupará á un mercenario el interés de un reino, que no ha de ser suyo? ¿Qué le importa que los cabellos de Felipe encanezcan? Vuestro Carlos os hubiera amado... Me horroriza la idea de verme en el trono algún día aislado y solo...

DON FELIPE. (Que, conmovido por estas palabras, se queda reflexionando pensativo; y después de una pausa dice.)—Yo soy solo.

CARLOS. (Con pasión y entusiasmo, acercándose á él.)—Lo habéis estado. No me odiéis, y yo os amaré con toda mi alma; pero no me odiéis... ;Cuán grato no es, cuán consolador sentirnos honrados y ensalzados por un alma generosa; saber que nuestras alegrías tiñen de dulce rubor otras mejillas; que nuestras penas hacen latir otro pecho; que nuestros dolores humedecen otros ojos!... ;Cuán seductor, cuán sublime no parece, desandar mano á mano con un

hijo adorado la senda sembrada de rosas de la juventud, y recomenzar de nuevo el sueño más bello de la vida! ;Cuán dulce y deseado perpetuarse, como en la inmortalidad, en la virtud de un hijo, y hacer el bien durante siglos!... ;Cuán lisonjero plantar la semilla, cuya cosecha ha de recoger un día nuestro hijo, reunir lo que él ha de disfrutar, y presentir cuán grande ha de ser un día su gratitud!... ;Padre mio! De este paraíso terrestre nada dicen prudentemente vuestros monjes.

DON FELIPE. (No sin emoción.)—;Hijo mio, hijo mio! ;Tú mismo te condenas! Pintas una felicidad encantadora... que no me has dado jamás.

CARLOS.—;Sea juez el Todopoderoso!... Vos mismo, vos me habéis desterrado de vuestro corazón, como de compartir la autoridad de vuestro cetro. Hasta ahora, hasta el día de hoy... ;oh! ;era sensato? ;era justo?... hasta ahora yo, Príncipe heredero de la corona de España, he sido en ella un extranjero, un prisionero en la misma tierra, en donde he de reinar un día. ;Era sensato, era justo esto?... ;Oh! ;con cuánta frecuencia, con cuánta, oh padre mio, me he visto en la necesidad de mirar al suelo avergonzado, cuando los embajadores de las naciones extrañas ó las Gacetas me referían los sucesos, ocurridos en la corte de Aranjuez!

DON FELIPE.—Tu sangre hierve impetuosa en tus venas. Sólo podrias destruir.

CARLOS.—Dejadme, pues, que destruya, padre... ya que tan fogosa es la sangre, que corre por mis venas... Veintitres años, y nada he hecho todavía para alcanzar la inmortalidad. Me despierto ya, siento que vivo. Mi vocación al trono me arranca del sueño, y la trueca en sagrada deuda, y todas las horas perdidas de mi juventud me abruman como exigencias vehementes del honor. Llegó el momento grande y solemne, en que he de devolver con

usura el préstamo recibido. La historia del mundo, la fama de mis abuelos, la trompeta estridente de la gloria me estimulan á un tiempo. Ahora ha llegado para mí el instante, en que se abren las barreras celebradas de la ambición... ¿Osaré ahora, oh Rey mío, dirigiros la súplica que me trae á vuestra presencia?

DON FELIPE.—¿También una súplica? Oigámosla.

CARLOS.—La rebelión se extiende amenazadora en el Brabante. La terquedad de los rebeldes exige una resistencia firme, á la par que prudente. Para refrenar sus excesos, el Duque, con plenos poderes del Monarca, llevará á Flandes un ejército. ¡Qué misión tan honrosa! ¡Cuán adecuada á guiar á vuestro hijo al templo de la fama!... ¡Confíadme, oh Rey mío, confíadme el mando de esas tropas! Los habitantes de los Países Bajos me aman, y me atrevo á asegurar que yo respondería de su fidelidad con mi cabeza.

DON FELIPE.—Hablas como un visionario. Ese cargo ha de desempeñarlo un hombre, no un joven...

CARLOS.—Un hombre, padre, justamente lo que no es el Duque.

DON FELIPE.—Sólo el terror los sujetará. La compasión sería una locura... Tú eres débil, hijo mío, y el Duque, temido... Renuncia á esa pretensión.

CARLOS.—Enviadme con el ejército á Flandes, y confiad en mi alma débil. Sólo el nombre del hijo del Rey, que volará ante mis banderas, ha de conquistar lo que los verdugos del Duque de Alba saben sólo destruir. De rodillas os lo pido. Es el primer ruego, que os he hecho en mi vida... Encargadme, oh padre, del gobierno de Flandes...

DON FELIPE. (Mirándolo con insistencia.)—¿Y encomendaré mi mejor ejército á tu afán de gloria, y el cuchillo á mi asesino?

CARLOS.—¡Oh, Dios mío! ¿A este punto he llegado? ¿Tal es el fruto de este instante solemne, tan largo tiempo de-

seado? (Pausa con tono más dulce.) Respondedme más afable. No me despedáis así. No quisiera dejaros después de escuchar esa respuesta inalicable, ni bajo la impresión funesta, que en mí ha hecho. Tratadme más benignamente. Es mi deseo más imperioso, mi última y desesperada tentativa... No puedo comprender, no puedo sufrir con varonil entereza que me lo rehuséis todo, todo, todo. Ahora me ausento. Desatendido, engañado en mis más caras esperanzas, me aparto de vuestra vista. Vuestro Duque de Alba y vuestro confesor el Padre Domingo, triunfarán victoriosos ahora que vuestro hijo llora, sumido en el polvo. La muchedumbre de cortesanos, la grandeza amedrentada, la cohorte de los monjes, pálidos como el pecado, son testigos de que me habéis recibido en audiencia solemne. ¡No me avergoncéis! No me lastiméis, oh padre, mortalmente; no me sacrificuéis con ignominia, abandonándome á las burlas licenciosas de la Corte; no se diga, que, mientras los extraños se sacian con vuestros favores, nada puede conseguir vuestro hijo Carlos. Y como prueba de que queréis honrarme, enviadme á Flandes al frente de vuestro ejército.

DON FELIPE.—No repitas esas palabras, si no te propones incurrir en la cólera de tu Rey.

CARLOS.—Me atrevo á arrostrar las iras de mi Soberano, y le suplico por última vez que me confie el gobierno de Flandes. Quiero y debo dejar á España. Vivir aquí es respirar bajo la férula del verdugo... El cielo de Madrid me abruma con su peso, como la conciencia de un asesinato. Sólo un pronto cambio de clima puede aliviarme. Si deseáis salvarme... enviadme á Flandes sin demora.

DON FELIPE. (Con forzada indiferencia.)—Enfermos como tú, hijo mío, piden solícitos cuidados, y han de quedarse bajo la constante vigilancia del médico. Tú seguirás en España, y el Duque de Alba irá á Flandes.

CARLOS. (Fuera de sí.)—¡Oh! ahora, mis buenos ángeles, guardadme...

DON FELIPE. (Retrocediendo un paso.)—¡Detente! ¿Qué significan esos ademanes?

CARLOS. (Balbuceando.)—¿Esa decisión, oh padre, es irrevocable?

DON FELIPE.—Proviene del Rey.

CARLOS.—Ya he terminado. (Vase muy conmovido.)

ESCENA III.

DON FELIPE permanece largo tiempo pensativo; al fin se pasea por la habitación.—EL DUQUE DE ALBA se acerca confuso.

DON FELIPE.—Preparaos á partir para Bruselas á la primera orden.

EL DUQUE DE ALBA.—Todo está preparado, Señor.

DON FELIPE.—Vuestros plenos poderes están ya sellados en mi gabinete. Despedíos mientras tanto de la Reina, y presentaos al Príncipe.

EL DUQUE DE ALBA.—Como un furioso lo he visto salir ahora mismo de esta sala. V. M. me parece también fuera de sí, y profundamente excitado... Quizás el asunto de la conversación...

DON FELIPE. (Yendo y viniendo.)—Versaba sobre el Duque de Alba... (Detiénese el Rey, y lo mira con insistencia.) De buen grado podré oír que Carlos aborrezca á mis consejeros; pero me aflige averiguar que los desprecia. (El Duque de Alba palidece, é intenta hablar.) Nada repliquéis. Os permito reconciliaros con el Príncipe.

EL DUQUE DE ALBA.—Señor...

DON FELIPE.—Decidme, ¿quién fué el primero, que puso en mi conocimiento los negros proyectos de mi hijo? Entonces os presté oídos, no á él. Quiero examinar las pruebas, Duque. Carlos en adelante estará más cerca de mi trono. Idos. (El Rey entra en su gabinete, y el Duque se va por otra puerta.)

ESCENA IV.

Una antesala de las habitaciones de la Reina.

DON CARLOS, hablando con un paje, entra por la puerta del centro. Los cortesanos, al verlo, se dispersan por las salas inmediatas.

CARLOS.—¿Una carta para mí?... ¿Para qué es esa llave? ¿Y ambas cosas se me entregan con tanto misterio? Aproxímate más... ¿En dónde te lo dieron?

EL PAJE. (Con sigilo.)—Según me ha indicado la dama, prefiere que la adivinen á que la descubran.

CARLOS. (Sorprendido.)—¿La dama? (Examinando con más atención al paje.) ¿Qué?... ¿Cómo?... ¿Quién eres tú?

EL PAJE.—Un paje noble de S. M. la Reina...

CARLOS. (Asustado, se dirige á él, y le pone la mano en la boca.) ¡Morirás! ¡Detente! Ya sé bastante. (Rompe el sello prontamente, y se va al otro extremo de la sala para leer la carta. El Duque de Alba entra, mientras tanto, y pasa sin ser notado por el Príncipe, entrando en el aposento de la Reina. Carlos tiembla muy conmovido, y palidece y se ruboriza. Después de su lectura, se queda mudo largo tiempo, fijos los ojos en la carta... Al fin se vuelve hacia el paje.) ¿Ella misma te ha dado esta carta?

EL PAJE.—Con su propia mano.

CARLOS.—¿Ella misma te dió la carta?... ¡Oh! No te burles. Nada he leído hasta ahora escrito de su mano. Te creeré, si lo juras. Si es mentira, confíésalo francamente, y no te mofes de mí.

EL PAJE.—¿De quién?

CARLOS. (Que mira de nuevo la carta; después al paje con recelo, dando un paseo por la sala.)—¿Tienes padres? ¿Sí? ¿Sirve tu padre al Rey, y es de este país?

EL PAJE.—Murió en San Quintín, siendo coronel de caballería del Duque de Saboya, y se llamaba Alonso, Conde de Henares.

CARLOS. (Que le toma la mano, y lo mira de un modo significativo.)—¿Te ha dado el Rey esa carta?

EL PAJE. (Resentido.)—¿Merezco yo esa sospecha, Serenísimo Príncipe?

CARLOS. (Leyendo la carta.)—«Con esa llave se abren las habitaciones posteriores del pabellón de la Reina. La última de ellas está contigua á un gabinete aislado, en donde no puede penetrar espía alguno. Allí el amor, por tanto tiempo expresado sólo con señales, puede mostrarse con toda franqueza y libertad. El tímido será oído, y el paciente modesto, largamente premiado.» (Como despertando de un letargo.) No sueño... no deliro... Estè es mi brazo derecho... esta mi espada... Estas palabras escritas. Es verdad y real... Soy amado... sí; lo soy... lo soy... soy amado. (Paseándose por el aposento fuera de sí de gozo, y levantando las manos al cielo.)

EL PAJE.—Venid, pues, Serenísimo Príncipe; yo os llevaré.

CARLOS.—Déjame antes tranquilizarme... ¿No me hacen temblar los horrores de esta dicha? ¿Podía ni siquiera pensarlo? ¿Me he aventurado siquiera á soñarlo? ¿Cuál es el hombre, que se acostumbra tan pronto á ser Dios?...

¿Quién era yo antes, y qué soy ahora? Este cielo es otro, este sol... ¿Me ama?

EL PAJE. (Queriendo llevárselo.)—No es este lugar á propósito, oh Príncipe... Olvidáis...

CARLOS. (Aterrado por una inspiración repentina.)—¡Al Rey, á mi padre! (Deja caer los brazos, mira con miedo á su derredor, y al fin comienza á animarse.) ¡Esto es horroroso! Sí; tienes razón, amigo mío. Te doy las gracias, porque no era dueño de mí mismo... Que yo haya de callarme, que haya de guardar tanta ventura en mi pecho, es cosa horrible. (Cogiendo al paje de la mano, y llevándose aparte.) Lo que tú has visto... ¿Oyes? y lo que no has visto, ha de encerrarse en tu pecho como en un ataúd. Ahora voy. Ya me reanimaré. ¡Anda! Pueden vernos aquí. ¡Anda!... (El paje hace ademán de andar.) Pero ¡detente! ¡escucha! (Carlos le pone una mano en el hombro, y lo mira con la mayor solemnidad.) Tú conoces un secreto terrible, semejante á esos venenos de tal fuerza, que rompen hasta el vaso que los contiene... Reprime bien la expresión de tu rostro. Jamás ha de saber tu cabeza lo que oculta tu corazón. Has de ser como la trompeta de los sordos, que recibe el sonido, y lo devuelve sin oír nada... Tú eres un niño... Que lo seas siempre, y prosigue jugando con alegría... ¡Cuán prudente ha sido esa sabia escritora para elegirte su mensajero de amor! Aquí no busca el Rey sus víboras.

EL PAJE.—Y yo, Príncipe, me siento orgulloso de poseer un secreto, que ignora hasta el mismo Rey...

CARLOS.—Joven loco y presuntuoso; eso mismo es lo que debe hacerte temblar... Si alguna vez nos encontramos en público, acércate á mí tímido y humilde. Que la vanidad no te seduzca nunca hasta el extremo de inducirte á mostrar que cuentas con mi favor. Ninguna de tus faltas sería tan grave, oh hijo mío, como el complacerme... Lo que en adelante hayas de anunciarme, no lo expreses

con palabras, no lo fies á tus labios; que tus avisos no lleguen á mi noticia por el conducto ordinario del pensamiento. Habla por signos y por gestos; yo te comprenderé sólo al mirarte. El aire, la luz que nos rodea están vendidos á Felipe, y las sordas paredes á sueldo suyo... Se va... (Abrese la habitación de la Reina, y sale de ella el Duque de Alba.) Lejos. Hasta que nos veamos de nuevo.

EL PAJE.—Que no os equivoquéis, que os encaminéis al aposento indicado. (Vase.)

CARLOS.—Es el Duque... ¡No, no! Está bien. Iré allá.

ESCENA V.

DON CARLOS Y EL DUQUE DE ALBA.

EL DUQUE DE ALBA. (Saliéndole al encuentro.) Dos palabras, Serenísimo Príncipe.

CARLOS.—Muy justo... bien... otra vez. (Hace ademán de irse.)

EL DUQUE DE ALBA.—Este lugar no parece el más á propósito. ¿Prefiere acaso V. A. R. oírme en su habitación?

CARLOS.—¿Para qué? Aquí; es igual... Pero con brevedad... con prontitud...

EL DUQUE DE ALBA.—Lo que en particular me trae aquí, es mi propósito de darle las gracias más respetuosas por la orden, que conocéis...

CARLOS.—¿Gracias? ¿A mí las gracias? ¿Por qué...? ¡Y las gracias del Duque de Alba!

EL DUQUE DE ALBA.—Porque en cuanto abandonasteis el aposento del Monarca, recibí la orden de partir para Bruselas.

CARLOS.—A Bruselas? ¿Así?

EL DUQUE DE ALBA.—¿A qué causa, oh Príncipe mío, sino á la poderosa intervención de V. A. R. en el ánimo de S. M. el Rey, puedo, si no, atribuirlo?...

CARLOS.—¿A mí? De ningún modo á mí... no á mí, en toda verdad... ¡Andad... andad con Dios!

EL DUQUE DE ALBA.—¿Nada más? ¡Esto me admira!... ¿Nada tenía V. A. que encargarme para Flandes?

CARLOS.—¿Qué? ¿Qué allí?

EL DUQUE DE ALBA.—Parecía poco ha que la suerte de esos países exigía la presencia de D. Carlos.

CARLOS.—¿Cómo así? Sin embargo, seguramente... sí; con razón... Eso era antes... Ahora está muy bien, es muy justo, tanto mejor...

EL DUQUE DE ALBA.—Me sorprende lo que escucho...

CARLOS. (No con ironía.)—Sois un gran general... ¿quién lo ignora? Hasta la envidia ha de confesarlo. Yo... yo... un joven. Tal habrá sido la opinión del Rey. Y tiene razón, sobrada razón. Lo comprendo, lo aplaudo, y basta ya de esto. Que vuestro viaje sea feliz. Yo no puedo, sin duda, ahora... estoy por el momento muy ocupado... dejemos lo demás para mañana, ó para cuando queráis, ó para cuando regreséis de Bruselas...

EL DUQUE DE ALBA.—¿Cómo?

CARLOS.—¿Cómo? (Después de una pausa, observando que el Duque no se mueve.) La estación del año es la mejor... Viajaréis por Milán, la Lorena, Borgoña y Alemania... ¿Alemania?... Sí, fué en Alemania. Allí os conocen ya... Estamos en Abril, Mayo... Junio... en Julio, ó, lo más tarde, en Agosto, llegáis á Bruselas. ¡Oh! No dudo que pronto oiremos hablar de vuestras victorias. Sabemos que corresponderéis en todo á nuestra confianza.

EL DUQUE DE ALBA. (Con intención.)—¿Será eso penetrar en el sagrado de mis intenciones, á todos vedado?

CARLOS. (Después de una pausa, con dignidad y orgullo.)— Sois delicado, Duque... y con razón. Poca nobleza, debo confesarlo, habría por mi parte en usar en contra vuestra de armas, que os están prohibidas.

EL DUQUE DE ALBA.—¿Prohibidas?...

CARLOS. (Presentándole risueño su mano.)—Lástima que me falte el tiempo necesario, para entrar en buena lid con el Duque de Alba. Otra vez...

EL DUQUE DE ALBA.—Calculamos cada uno, oh Príncipe, por un camino diferente. V. A., por ejemplo, se refiere á veinte años más tarde, y yo á veinte años antes.

CARLOS.—¿Y qué?

EL DUQUE DE ALBA.—Y pienso ahora en las innumerables noches, pasadas por vuestro augusto padre al lado de su bella esposa portuguesa, vuestra madre, que él hubiera dado contento por lograr para su trono un brazo como éste. Porque ha de saber muy bien, que es mucho más fácil procrear monarcas, que monarquías... y más breve dar reyes al mundo, que mundos á un rey.

CARLOS.—Muy cierto. Sin embargo, Duque de Alba...

EL DUQUE DE ALBA.—¿Y cuánta, cuánta sangre de sus súbditos ha de correr antes que dos gotas, también de sangre, puedan hacer un Rey de V. A.!

CARLOS.—¿Muy cierto, por Dios!... y en dos palabras habéis expresado cuanto el orgullo del mérito puede oponer al orgullo de la fortuna... ¿Queréis hacer la aplicación, Duque de Alba, de lo que habéis dicho?

EL DUQUE DE ALBA.—¿Ay del Soberano en pañales, que llega á burlarse de su nodriza! ¡Cuán muellemente puede, descansando en el blando cojín de nuestras victorias, entregarse al sueño! En la corona sólo brillan las perlas, no las heridas que las conquistaron... Esta espada impuso las leyes españolas á pueblos extranjeros, ha brillado ante el estandarte de la cruz, y en esta parte del mundo ha abierto

surcos sangrientos á la semilla de la fe: Dios juzgaba en el cielo, yo en la tierra.

CARLOS.—Dios ó el diablo, es igual. Siempre erais su brazo derecho. Lo sé bien. Ahora no hablemos más de esto. Yo os lo ruego. Quisiera olvidar ciertos recuerdos. Respeto á los elegidos por mi padre. Mi padre necesita su Duque de Alba; pero que lo necesite ó no, no me causa envidia. Sois un hombre grande... Que sea así; casi lo creo. Pero me temo que habéis venido al mundo algunos siglos antes de lo que debierais. Un Duque de Alba, en mi opinión, debiera aparecer á la consumación de los siglos, cuando la osadía sin límites del vicio haya apurado la clemencia del cielo; cuando la rica cosecha de los crímenes esté madura, y exija un segador sin rival, entonces estarais en vuestro centro... ¡Oh Dios! ¡Mi paraíso, mi Flandes!... Pero no me corresponde pensar en esto. ¡Silencio, pues! Se dice que lleváis abundante provisión de sentencias de muerte, firmadas en blanco. ¡Loable precaución! Así no hay que temer murmullos ni intrigas... ¡Oh padre mío! ¡Cuán mal he comprendido yo su propósito! ¡Yo te condenaba por haberme rehusado el desempeño de un cargo, en que había de brillar tu Duque de Alba!... Era la primera señal de su estimación hacia mí.

EL DUQUE DE ALBA.—Príncipe, esas palabras merecían...

CARLOS. (Colérico.)—¿Qué?

EL DUQUE DE ALBA.—Os ampara el ser hijo del Rey.

CARLOS. (Sacando su espada.)—¡Esto pide sangre!... ¡Desenvainad vuestra espada, Duque!

EL DUQUE DE ALBA. (Con frialdad.)—¿Contra quién?

CARLOS. (Acosándolo con la suya.)—¡Desenvainad la espada, ú os trapaso el corazón!

EL DUQUE DE ALBA. (Desenvainándola.)—Puesto que es preciso... (Pelean ambos.)

ESCENA VI.

LA REINA, D. CARLOS Y EL DUQUE DE ALBA.

LA REINA. (Saliendo asustada de su aposento.)— ¡Espadas desnudas! (Al Príncipe, con desagrado y con imperio.) ¡Carlos!

CARLOS. (Que, fuera de sí á la vista de la Reina, deja caer los brazos, se queda inmóvil y con los ojos fijos, y al fin corre hacia el Duque y lo abraza.)— ¡Reconciliación, Duque; olvidémoslo todo! (Se arroja mudo á los pies de la Reina; después se levanta precipitadamente, y se retira muy conmovido.)

EL DUQUE DE ALBA. (Que se queda inmóvil y estupefacto, mirando á los dos.)—Extraño es esto, sin embargo, por Dios santo...

LA REINA. (Que, inquieta y dudosa algunos instantes, se refugia después con lentitud en su aposento, volviéndose al llegar a la puerta.)— ¡Duque de Alba! (El Duque la sigue, y entra con ella.)

ESCENA VII.

Un gabinete de la Princesa de Éboli.

LA PRINCESA, vestida idealmente, con gusto, pero con sencillez, toca el laúd y canta; después EL PAJE de la Reina.

LA PRINCESA. (Levantándose con rapidez.)— ¿Viene?

EL PAJE. (Apresuradamente.)— ¿Estáis sola? Me sorprende mucho no encontrarlo aquí ya; pero no puede tardar.

LA PRINCESA.— ¿Que no tardará? Entonces lo desea también, y está resuelto á...

EL PAJE.— Viene siguiendo mis pasos... ¡Noble Princesa! sois amada... amada, amada, como no lo habéis sido nunca, ni puede serlo nadie. ¡Qué escena he presenciado!

LA PRINCESA. (Atrayéndolo hacia ella impaciente.)— ¡Pronto! ¿Hablaste con él? ¡Dilo! ¿Qué contestó? ¿Qué hizo? ¿Cuáles fueron sus palabras? ¿Se mostró confuso? ¿Pareció sorprendido? ¿Adivinó quién era la persona, que le enviaba la llave? ¡Pronto!... ¿O no lo adivinó? ¿Nada ha presumido? ¿Ha creído que era otra?... ¡Vamos! ¿No me respondes nada? ¡Jesús! ¿No te da vergüenza? Nunca te he visto tan estúpido, tan pesado ni tan insoportable.

EL PAJE.— ¿Pero si no me dejáis hablar, señora? Le entregué la llave y el billete en la antesala de la Reina. Se quedó absorto mirándome, cuando le dije que me enviaba una mujer.

LA PRINCESA.— ¿Se quedó absorto? ¡Muy bien! ¡Bravo! Prosigue: ¿qué más?

EL PAJE.— Pensaba decirle algo más, cuando palideció, me arrebató la carta de la mano, y me miró con ademán amenazador, y me dijo que todo lo sabía. Leyó la carta turbado, y comenzó á temblar.

LA PRINCESA.— ¿Que lo sabe todo? ¿Que él lo sabe todo? ¿Lo dijo así?

EL PAJE.— Y me preguntó tres, cuatro veces, si vos misma, si vos misma, en efecto, me habéis entregado la carta...

LA PRINCESA.— ¿Si yo misma? Entonces pronunció mi nombre.

EL PAJE.— El nombre no... no lo pronunció... Curiosos, según me dijo, podrían oírlo y contarlo al Rey.

LA PRINCESA. (Con extrañeza.)— ¿Dijo esto?

EL PAJE.— Al Rey, repitió, le importaría sobremanera, le

interesaría soberanamente, y en particular tener noticia de esa carta.

LA PRINCESA.—¿Al Rey? ¿Lo oíste bien? ¿Al Rey? ¿Usó de estas mismas palabras?

EL PAJE.—Sí, señora; habló de secreto peligroso, y me advirtió que en todas mis expresiones y ademanes guardase la mayor reserva, á fin de no excitar las sospechas del Rey.

LA PRINCESA. (Después de reflexionar, muy admirada.)—Todo está de acuerdo. No puede ser de otra manera... conocerá también esta historia... ¡Inexplicable!... ¿Quién podría habérsela contado?... ¿Quién? ¿Todavía lo pregunto?... ¿Quién tiene la vista tan perspicaz, tan clara; quién más pudiera ser que el amor de ojos de halcón? Pero sigue, sigue: leyó el billete...

EL PAJE.—El billete, dijo, anunciaba una dicha, que lo hacía temblar, y que ni soñar osaba. Por desgracia entró entonces el Duque en la sala, y nos obligó...

LA PRINCESA. (De mal humor.)—Pero ¿qué tenía que hacer el Duque allí? ¿En dónde, en dónde está? ¿Qué obstáculo lo detiene? ¿Por qué no se presenta?... ¿Ves cuán falsos son tus informes? ¡Cuán feliz no hubiese sido yo, justamente en el tiempo que tú empleas en contármelo!

EL PAJE.—Temo que el Duque...

LA PRINCESA.—¿Otra vez el Duque? ¿Qué tiene que hacer aquí? ¿Qué relación hay entre este valiente caudillo y mi tranquila felicidad? Podía dejarlo allí, ó enviarlo á otra parte. ¿Cómo no hacerlo así con cualquiera?... ¡Oh! verdaderamente, tu Príncipe, á lo que parece, tan poco comprende el amor como el corazón de las mujeres. Ignora lo que valen los minutos... ¡Silencio, silencio! ¡Creo que viene! ¡Véte! Es el Príncipe. (Vase el paje corriendo.) ¡Véte, véte!... ¿En dónde está mi laúd? Es preciso que me sorprenda... Mi canto debe ser la señal...

ESCENA VIII.

LA PRINCESA, y poco después D. CARLOS.—La Princesa se ha sentado en una otomana y canta.

CARLOS. (Que entra precipitadamente, conoce á la Princesa y se queda inmóvil, como herido del rayo.)—¡Dios mío! ¿En dónde estoy?

LA PRINCESA. (Dejando caer el laúd y saliendo á su encuentro.)—¡Ah! ¡Príncipe Carlos! ¡Sí; verdaderamente!

CARLOS.—¿En dónde estoy? ¡Estúpida equivocación!... este no es el gabinete, á donde debiera haber ido.

LA PRINCESA.—¿Qué bien ha sabido el Príncipe encontrar el aposento, en donde hay damas sin testigos!

CARLOS.—¡Princesa!... ¡Perdonad, Princesa!... yo... yo entré en la antesala, que estaba abierta...

LA PRINCESA.—¿Es posible? ¡Pareceme, sin embargo, que yo misma la había cerrado.

CARLOS.—Solamente os parece, sólo os parece... pero es seguro que os engañáis. Que la habéis querido cerrar, sí, lo supongo, y lo creo... pero que estaba cerrada, no es cierto, no lo estaba. Oí que alguien estaba tocando el laúd... ¿no era un laúd? (Mirando dudoso á su rededor.) ¡Verdad! allí está todavía... Y el laúd... ¡Dios lo sabe!... Mi pasión por el laúd raya en locura. Soy todo oídos; y ciego de admiración, entro en el gabinete de la hábil artista, que me conmovía tan celestialmente, que me encantaba con tal fuerza, y también para ver sus bellos ojos.

LA PRINCESA.—Loable curiosidad, satisfecha prontamente, por lo que puedo observar. (Después de una pausa, con